

Al comienzo de un Año Nuevo, sólo una semana después del Nacimiento del Niño-Dios Jesús, la Iglesia nos presenta la Fiesta de María, Madre de Dios. Decimos esta frase, «Madre de Dios», muy fácilmente. La oímos y repetimos tan a menudo que me pregunto si nos damos cuenta del significado—que un ser humano como ustedes y yo, una mujer llamada a María, puede ser la Madre de Dios. ¿Cómo puede un ser humano concebir a Dios?

Quizás no es extraño que la gente se sienta confundida acerca de quién es Jesús y acerca de quién es María. Nunca olvidaré pidiendo a un grupo de estudiantes de último curso de escuela secundaria en educación religiosa en Santa Cecilia dar el nombre de las personas de la Trinidad. Inmediatamente una joven dijo, «Dios el Padre, María la Madre, y Jesús el Hijo». Es con gran tristeza, pero no sorpresa, que les digo que esta joven y su hermano se convirtieron en protestantes. Si ella había aprendido tan poco acerca de la fe Católica que ella podría creer que María sí misma es divina, ella era vulnerable a las enseñanzas de otra fe.

Pero si María es un ser humano y no divino, ¿cómo podemos llamarla «Madre de Dios»? Nunca debemos olvidar que Jesús también es humano. Cuando «los pastores fueron a toda prisa . . . y encontraron a [un bebé con su madre]», vieron a un bebé de carne y hueso con su madre de carne y hueso. Además, aquellos que caminaban y hablaban y comían con Jesús no tenían duda que él era un hombre; aquellos que lo tocaron no dudaban de su humanidad. Cuando él fue crucificado en la cruz, los romanos no tenían duda que ellos estaban torturando y matando a un ser humano. Y después de su crucifixión sus discípulos lloraron la muerte de un hombre mientras hablaban de Jesús como «un profeta poderoso en obras y palabras, reconocido por Dios y por todo el pueblo» (San Lucas 24:19). ¿Y recuerden al apóstol Tomás, el que dijo, «Hasta que no vea la marca de los clavos en sus manos, no meta mis dedos en el agujero de los clavos y no introduzca mi mano en la herida de su costado, no creeré»?(San Juan 20:25).

Todavía nuestro Evangelio de hoy nos dice que «los pastores [que] fueron a toda prisa» para ver a un bebé con su madre habían escuchado los ángeles proclamar la «buena noticia, que [sería] motivo de mucha alegría para todo el pueblo: hoy [dijeron los ángeles] . . . ha nacido para ustedes un Salvador, que es el Mesías y el Señor» (San Lucas 2:10-11). No hasta la resurrección de Jesús comprenderían sus discípulos estas palabras. Fue después de la resurrección de Jesús y la venida del Espíritu Santo que los once apóstoles y los demás discípulos comprendieron que Jesús es también Dios. Fue después de su resurrección que San Lucas escribió en su segunda obra, Los Hechos de los Apóstoles: «No hay salvación en ningún otro, pues bajo el cielo no se ha dado a los hombres ningún otro Nombre por el que debamos ser salvados» (Hechos 4:12). Cuando una Joven en la Iglesia primitiva estaba a punto de ser ejecutada debido a su fe en Jesús, su verdugo dijo, «¿Usted moriría para un hombre?» Ella respondió, «Que él murió dice que él es un hombre; que él resucitó de los muerto dice que él es Dios».

Y de hecho, todavía esa es nuestra fe: Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre. El niño Jesús, no su madre, en realidad llegó a ser el Mesías y Señor.

Aunque él es verdadero Dios y verdadero hombre y aunque su divinidad y su humanidad no se mezclan, hay sólo un Jesús, María es su madre. Así ella es la madre de Jesús, quién es Dios; igualmente ella es la madre de Jesús, quién es también humano. Nuestro Evangelio de hoy nos dice que la madre, María «por su parte, guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón». También nosotros necesitamos conocer estos misterios y meditarlos en nuestros corazones. Jesús es divino, María no.

Y así leemos en el *Catecismo de la Iglesia Católica*:

469 La Iglesia confiesa así que Jesús es inseparablemente verdadero Dios y verdadero hombre. El es verdaderamente el Hijo de Dios que se ha hecho hombre, nuestro hermano, y eso sin dejar de ser Dios, nuestro Señor

Eso es casi exactamente lo que escuchamos en nuestra segunda lectura de hoy:

Hermanos:

Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo,
nacido de una mujer, nacido bajo la ley,
para rescatar a los que estábamos bajo la ley
a fin de hacernos hijos suyos.

Puesto que ya son ustedes hijos,
Dios envió a sus corazones el Espíritu de su Hijo,
que clama «¡Abbá!», es decir, ¡Padre!
Así que ya no eres siervo, sino hijo;
y siendo hijo, eres también heredero por voluntad de Dios.

Por lo tanto, como la madre de Jesús nuestro hermano, que es tanto humano como divino, María, la Santísima Virgen Madre de Dios, es verdaderamente su madre y nuestra madre también. Le adoramos a él; la honramos a ella. Y como nuestra madre, le pedimos como pedimos el uno al otro: «ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte».